

§ 103.

La creación, obra común de las tres divinas personas

1. *La obra de la creación es realizada por Dios trino, como único principio (dogma).*

Véase el Cuarto Concilio Lateranense (D. 428; cfr. § 99) y el decreto para los jacobitas (D. 706). Cfr. el § 49.

No está en contradicción con este dogma el hecho de que la acción creadora se realice según el orden divino (atemporal) o según las procesiones y relaciones divinas.

2. a) El AT hace referencia a ese hecho cuando repite continuamente que Dios crea mediante la *palabra*, que estructura la Historia mediante la palabra, que juzga mediante la palabra (*Is.* 11, 4; 55, 10 y sigs.; *Sab.* 16, 12, 24 y sigs.; 18, 14 y sigs.; *Eccl.* 43, 26; véase el § 86). Por lo que se refiere al primer punto, en el *Génesis* se dice que Dios crea hablando, diciendo algo (*Gen.* 1, 1 y sigs.). Dios lo manda, y la creación entera aparece (*Judith*, 16, 14; cfr. 9, 6). Los cielos han sido hechos por la palabra del Señor, el aliento de su boca ha creado todos sus habitantes. Basta con que Dios lo diga y se hace todo lo que ha de ser hecho (*Ps.* 32 [31], 6, 8 y sigs.; cfr. *Ps.* 118 [117], 89).

Las expresiones hablar o decir divino", "palabra de Dios" frecuentemente empleados en el AT, no implican una revelación formal del Logos divino, de la segunda Persona de la Trinidad, sino que manifiestan la eficacia omnipotente de la actividad divina. No obstante, el creyente de la Nueva Alianza, iluminado por la luz de esta nueva revelación, puede percibir que la expresión "palabra" del AT hace referencia al Logos personal (véase el § 44). Lo que el AT designa con la expresión "palabra" es, en definitiva, el Logos revelado por el NT. Este Logos es la fuerza omnipotente mediante la cual el Padre crea el mundo. En él se halla, al mismo tiempo, la eterna idea divina del mundo. El Logos es la garantía de la existencia y del sentido del mundo. Con respecto a este doble significado del Logos, véase el § 86.

Vamos a repetir aquí algunas de las ideas expuestas en ese párrafo. Dios conoce toda la profundidad y amplitud de la naturaleza divina, conociendo al mismo tiempo cómo puede ser imitada de diferente modo y análogamente bajo forma finita, y cómo se manifiesta efectivamente en virtud de la voluntad amante y creadora. Su Hijo, la Palabra divina personal, el Pensamiento divino substancial y omnipotente, es expresión de este universal conocimiento. En él adquiere forma, en cierto modo, el pensamiento del Padre, pensamiento que abarca también todo el plan del mundo y todas las cosas. En el Hijo "dice" el Padre ante sí mismo lo que quiere y se propone crear. Para expresarlo con más precisión: El

Padre consulta el plan de la creación del mundo con el Hijo, que es la Palabra personal del Padre y la respuesta personal a lo que dice el Padre (§ 86). De esto da testimonio el prólogo del *Evangelio de San Juan* (1, 3): “Todas las cosas fueron hechas por El, y sin El no se hizo nada de cuanto ha sido hecho” (J. Dillersberger, en *Das Wort vom Logos*, 1935, pág. 54 y sig.) interpreta del siguiente modo este pasaje: “La expresión “todas las cosas fueron hechas por El” manifiesta que el Hijo es el principio mediador de la creación del mundo. De ningún modo se puede negar que eso no se refiere a la creación primera y directa, que atribuye al Hijo una especie de creación instrumentalmente operativa. Porque la esencia del instrumento consiste en el hecho de que “por” él se hace algo que en primer lugar es hecho por aquel que se sirve del instrumento. Si esto ha de tener algún sentido dentro de la divinidad, el sentido no puede ser otro que el atribuido al correspondiente pasaje por la interpretación de la Teología católica: El Padre crea por medio del Hijo en cuanto que tiene presente en el “Logos”, en la Palabra, la idea y el plan de lo que ha de ser creado, en cuanto que ha “consultado” y expresado dentro de sí, por decirlo así, todo lo que quiere crear. Por consiguiente, con respecto a la Creación, el Hijo es el plan y la imagen de todo lo que ha de ser creado, la primera y original idea de Dios, una idea que contiene todos los pensamientos e imágenes, es decir, el arquetipo de la Creación, en conformidad con el cual se hace y estructura todo lo que es. Por otra parte, el Hijo es también el órgano ejecutivo en cuanto que el Padre se sirve efectivamente de la Palabra para ejecutar concretamente su plan. En la Sagrada Escritura, el Dios creador crea siempre mediante la palabra, diciendo algo. Este modo de expresión es de gran importancia e implica un profundo misterio. “Por la palabra de Yavé fueron hechos los cielos...” “Porque dijo El y fué hecho; mandó y así fué” (Ps. 33a [32], 6. 9). Este modo de expresión manifiesta de una manera humanamente comprensible un sentido misterioso y profundo, a saber: que Dios no ha querido ni ha podido crear sin la Palabra, sin su Hijo. Ha tenido que crear “por El”, pues Dios no tenía ningún otro plan y no tenía otra posibilidad de realizar el plan. Por consiguiente, con respecto a la Creación, el Hijo es tan esencial y necesario como el Padre ...Aquí se manifiesta, por consiguiente, el misterio profundo que media entre el Logos y el mundo. Ambos están entre sí en la relación mutua de arquetipo e imitación, plan y ejecución, instrumento y

estructuración, instrumento y música.” Cfr. también el comentario de Fr. Tillmann y de A. Wikenhauser.

Pero hay que guardarse bien de pensar que la relación entre el mundo y el Hijo, en cuanto que éste es la Palabra eterna del Padre, sea más íntima que la que media entre el mundo y el Padre. Los dos, junto con el Espíritu Santo, son el fundamento del mundo. La voluntad divina que crea las cosas de la nada tiene que pasar desde el Padre al Hijo, porque el Padre no piensa ni puede pensar, no hace ni puede hacer nada sin el Hijo (*Io.* 5, 17. 19-36). Posee su “mismidad” personal en santa y bienaventurada comunión con el Hijo (cfr. el § 58: las relaciones inmanentes en Dios). Viceversa, el Hijo, sin el cual el Padre no puede pensar, amar y obrar, ha recibido del Padre todo su pensar, amar y obrar. Debe al Padre su ser personal y su actividad. “En verdad, en verdad os digo que no puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque lo que éste hace, lo hace igualmente el Hijo” (*Io.* 5, 19). “Al actuar de este modo—también en la Creación—actúa a modo de Hijo, es decir, en cuanto que ha recibido del Padre su divino poder. Por eso se expresa la Sagrada Escritura con correctísima exactitud cuando dice “por El” ha sido hecho todo, apreciando en lo justo la peculiaridad del Padre, que actúa y obra de por sí, y la peculiaridad del Hijo, que ejerce su poder y poderío en cuanto que los recibe del Padre, es decir, como si el Padre crease “por El” (Dillesberger, *l. c.*, 58).

b) Pero todavía tenemos que dar un paso hacia adelante. El AT habla también del “espíritu” de Dios en relación con la creación. Véase el § 44. Esta palabra expresa, en primer lugar, una especial relación entre Dios y el mundo. No obstante, a la luz del NT puede descubrirse en el empleo de esa palabra una especie de anteproyecto de la plena revelación del Espíritu Santo, tal como tendrá lugar en el NT. Según lo que nos enseña el NT, del Espíritu Santo puede decirse lo siguiente: El Padre y el Hijo no poseen ni hacen nada sin el Espíritu Santo. En efecto, las tres divinas Personas poseen la misma esencia, el mismo pensar, amar y hacer. Sólo se diferencian mediante la diversidad del yo y del tú. Por consiguiente, el Espíritu Santo recibe necesariamente del Padre y del Hijo el plan del mundo, del cual es expresión el Hijo. El Hijo lo recibe por vía del proceso fecundo, cogitativo, cuya expresión es el segundo Yo divino, es decir, el Hijo mismo. El Espíritu Santo lo recibe por vía de la fértil unión amorosa entre el Padre y

el Hijo. Debido a la esencia misma de la generación, que es una acción fecunda del Padre, el Hijo, que es expresión del conocimiento del Padre, tiene que abarcar necesariamente las cosas del mundo; al contrario, la aspiración del Espíritu Santo, que es un acto amoroso, no implica de por sí necesariamente el hecho de que el Espíritu Santo tenga que recibir el plan del mundo del Padre y del Hijo. Lo recibe, no obstante, en la aspiración, porque ésta es un acontecimiento que tiene lugar dentro de Dios, donde las tres divinas Personas se entregan mutuamente todo lo que son y poseen, exceptuando solamente la personalidad.

De este modo, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo poseen el mismo plan del mundo. El Padre lo posee sin originación, el Hijo, en cuanto que es Hijo, es decir, lo recibe por vía de generación; el Espíritu Santo lo posee en cuanto que es Espíritu Santo, es decir, en cuanto que lo recibe del Padre y del Hijo en la aspiración. Como el Hijo es expresión del pensamiento del Padre, recibiendo el plan del mundo por vía de este determinado modo de su procedencia, la Escritura dice con respecto a él (y no con respecto al Espíritu Santo) que el mundo ha sido hecho "por El". Este estado de cosas se puede formular también del siguiente modo: El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que son un solo Dios, poseen desde la eternidad el plan del mundo en total y de cada una de las cosas.

c) Otra cosa hay que tener en cuenta todavía: El Padre *no sólo posee una idea eterna del mundo, sino también un eterno querer y amar el mundo*. El Padre entrega al Hijo la voluntad con que ama y quiere el mundo, lo mismo que le entrega la idea del mundo. El Hijo recibe del Padre la acción amorosa en la cual se sumerge en el Padre, recibiendo, por consiguiente, el amor a las criaturas. Ahora bien, el Padre y el Hijo se aman con un eterno acto amoroso. Con el amor en que se sumergen mutuamente abarcan también a las criaturas. El Espíritu Santo es revelación, confirmación y sello de este amor entre el Padre y el Hijo (§ 90). Por consiguiente, sobre el mundo recae también el amor cuyo sello dentro de Dios es el Espíritu Santo. Este amor es creador. Es el amor del Creador o la amorosa voluntad creadora. Puesto que el mundo es afectado por el amor del Padre y del Hijo, el amor en persona, es decir, el Espíritu Santo, tiene que amar también al mundo. En el amor que recibe del Padre y del Hijo, en el cual se entrega al Padre y al Hijo, amor que es idéntico con él mismo,

tiene que ir incluido el amor al mundo. Lo mismo que las cosas tienen un ser ideal eterno, expresado en el Hijo, así también se hallan eternamente en el campo del amor divino que fluye eternamente en el Espíritu Santo. Tenemos, pues, como resultado, lo siguiente: El Hijo debe al Padre el amor a las cosas, el Espíritu debe al Padre y al Hijo ese mismo amor. El Padre posee el amor a las cosas sin originación, el Hijo lo recibe del Padre mediante la generación, el Espíritu Santo lo recibe del Padre y del Hijo mediante la aspiración.

Por consiguiente, se podría decir: El Padre crea el mundo *por el Hijo en el Espíritu Santo*. En el Espíritu Santo, en cuanto que en él se confirma y sella dentro de Dios el amor creador, que es el fundamento del mundo (§ 90 y sigs.); por el Hijo, en cuanto que el Hijo recibe del Padre el amor creador del Padre, amor que se comunica al Espíritu Santo mediante el Hijo, y, además, en cuanto que en el Hijo encuentra expresión dentro de Dios la idea divina del mundo.

Pero del mismo modo que el Hijo no tiene con respecto al mundo una relación más íntima que el Padre, así también la relación en que está el Espíritu Santo con respecto a la creación no es más íntima que la del Padre y la del Hijo.

d) El estado de cosas que venimos describiendo podría expresarse también de la siguiente manera: El Dios único, que existe en cuanto que es Padre, Hijo y Espíritu Santo, crea el mundo, o de otro modo: como quiera que Dios es luz y amor, el amor luminoso y omnipotente que existe como Padre, Hijo y Espíritu Santo, crea las cosas conforme a un plan rebotante de amor, expresado por el Padre en el Hijo y comunicado al Espíritu Santo por el Padre y el Hijo. Esta explicación garantiza, por una parte, la unidad de la actividad "ad extra" de Dios. Por otra parte, aparece con claridad de qué modo se verifica la comunicación de la actividad divina. Para llegar a comprender mejor estas cosas, conviene recordar que la actividad homogénea de Dios se halla estratificada de fuera hacia adentro. Si se considera desde fuera la actividad creadora divina, habría que decir que se trata de un acto único, simple, inspirado por el Amor, que es Dios mismo. En la interioridad de Dios mismo, esa actividad aparece trinitariamente estratificada. Se mueve desde el Padre, a través del Hijo hasta el Espíritu Santo, volviendo desde aquí hasta el Padre, fluyendo a modo de corriente de amor divino, la cual (debido a un acto de decisión divina) sobre-

pasa las márgenes del océano amoroso divino e inunda los abismos de la nada.

3. Esta explicación de la creación divina contribuye a esclarecer un problema importante y difícil, el problema que concierne a *la diferencia entre el orden natural y sobrenatural*. Como quiera que el Dios trinitario hace existir el mundo mediante un acto simple y único, las criaturas no pueden ser una revelación de la realidad trinitaria divina. Por otra parte, como quiera que existe trinitariamente el Dios que creó el mundo, el espíritu iluminado por la fe puede descubrir en él huellas y vestigios de la Trinidad. El semblante trinitario de Dios se trasluce en las cosas, tan imperceptiblemente, que el espíritu creado no puede percibirlo cuando no ha sido iluminado por la fe, y tan perceptiblemente como puede verlo el espíritu iluminado por la fe. Es lo mismo que sucede cuando alguien pasa detrás de un telón. Si éste no está iluminado, no se puede ver al que pasa detrás de él. Si está iluminado, se puede ver pasar una sombra fugaz. Del mismo modo puede ver el espíritu humano iluminado por Dios las siluetas del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo ocultas tras las cosas. El aspecto o faceta frontal de las cosas revela solamente la gloria de la esencia divina única.

Sirviéndonos de nuevo de la idea de estratificación, podríamos decir que en la creación resplandece solamente el lado exterior de la gloria divina, que las criaturas se hallan en el ámbito externo del amor divino, notificando solamente la existencia de ese ámbito, pero que al mismo tiempo hacen referencia al estrato más profundo de la vida trinitaria divina. Estas referencias sólo puede comprenderlas el que ha sido instruído por Dios.

Cuando San Agustín dice que las tres facultades del espíritu humano no son solamente huella, sino también imagen del Dios trinitario, expresa con ello que el espíritu humano es algo que indica y hace referencia a la vida interior divina, de un modo especialmente destacado y comprensible para el creyente. Ahora bien, Dios puede conducir el mundo al lugar del cual éste es indicación y silueta. Puede conducirlo a los ámbitos de la vida trinitaria divina y compenetrarlo de esta vida. Véase la relación entre orden natural y sobrenatural en los §§ 114-17. En efecto, desde el principio Dios ha predestinado la creación para hacerla partícipe de su felicidad trinitaria. No ha querido que nunca jamás existiese en el "ámbito exterior" del amor divino. Esto se manifiesta con toda claridad en la Revelación. Dios ha elevado "sobrenaturalmente" al mundo.

4. La Sagrada Escritura, la palabra escrita de Dios, da testimonio de otra relación entre el mundo y la Palabra personal de Dios: El mundo le pertenece en cuanto que es el *Hijo encarnado de Dios*. Sea que el Hijo de Dios quisiera hacerse hombre solamente en un mundo sometido al pecado, con el fin de redimir a aquél, o que se hubiera hecho también hombre en un mundo no sometido al pecado (véase el *Tratado sobre la Redención*): Como quiera que Dios ha querido desde la eternidad la encarnación del Hijo en el real orden de la Salvación, y como quiera que en el mundo creado por él lo inferior sirve a lo superior, la encarnación tiene que ser considerada como coronación de todas las obras de Dios. Es la última y la más luminosa entre todas las palabras que Dios ha dicho y hablado en el mundo. A modo de palabra final y definitiva, Cristo sintetiza y explica todas las palabras que el Padre ha pronunciado en la revelación natural y sobrenatural. Todas han sido pronunciadas en relación con esta palabra final. El Padre ha enviado al mundo a su Palabra personal. Todas las otras palabras han sido pronunciadas por el Padre, mediante el Hijo, en el Espíritu Santo. Como quiera que todas las otras palabras pronunciadas por Dios en la revelación natural y sobrenatural han sido pronunciadas en relación con esta Palabra final, si ésta no hubiese sido pronunciada, aquéllas hubieran quedado sin pronunciar. Por eso, todas las cosas y nosotros mismos también tenemos la existencia por nuestro Señor Jesucristo y en relación con El (*I Cor.* 8, 6). Aquí aparece con toda claridad que el Apóstol se refiere al Cristo histórico, glorificado y que sigue viviendo en la Iglesia (véase la *Cristología*). Hay que tener en cuenta que San Pablo habla de la existencia, es decir, de una realidad natural. Nuestra existencia tiene su fundamento en Cristo, ya que nosotros sólo existimos en cuanto que somos seres que han sido llamados a la Salvación. El universo entero existe en virtud de Cristo y en relación con El (*Col.* 1, 13-17): “El Padre nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención y la remisión de los pecados; que es la imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque en él fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles, los tronos, las dominaciones, las potestades; todo fué creado por El y para El. El es antes que todo, y todo subsiste en El.” (Véase *Hebr.* 1, 1-3, 10.)

Tenemos, pues, que el mundo, en definitiva, no es un orden de por sí autónomo, independiente. Su orden ha sido reasumido en

el orden cuyo fundamento es Cristo. “Lo mismo que el sol entre los planetas, así está Cristo en medio de las criaturas, corazón de toda la creación, de quien fluye vida, luz y movimiento hacia todos los miembros, hacia quien gravita todo, para descansar en Dios, en El y mediante El. En la vida práctica, dejándonos guiar por las apariencias, consideramos el sol como fuente auxiliar que existe para el bien de la tierra, y del mismo modo solemos considerar a Cristo como libertador enviado por Dios, es para nosotros nuestro Jesús, de quien esperamos recibir gracias. Pero lo mismo que en el transcurso del tiempo la ciencia ha llegado a enseñar que es el sol el que atrae la tierra, y no al contrario, así también la Teología científica ha de llegar a reconocer de tal modo la importancia universal de Cristo, que pueda considerarle como punto de gravitación de todo el orden del universo” (M. Scheeben, *Die Mysterien des Christentums*, ed. de J. Höfer, 1941, pág. 355).

Se puede y se debe establecer una exacta distinción entre el orden natural y el sobrenatural. No obstante, no se deben separar los dos órdenes. Como quiera que todo ha sido creado por Cristo y “para El”, el sentido de la creación quedará consumado cuando se revele en ella la gloria de Cristo, ahora todavía oculta (*Rom.* 8, 19-22). Véanse §§ 114-17 (orden natural y orden sobrenatural) y la *Cristología*.

5. Los *Santos Padres*, principalmente en la polémica contra los gnósticos y los arrianos, expresan frecuentemente la idea de que el mundo ha sido creado por Dios trino en comunidad de acción, así como también el hecho de que esta creación ha sido realizada según el orden inmanente en Dios.

San Ireneo (*Adv. Haereses*, lib. 5, cap. 18, núm. 2; *BKV* II, 200 y siguientes) escribe: “El Padre, en efecto, que es el fundamento de la Creación y de su Palabra, y la Palabra... dan el Espíritu a todos, tal como lo quiere el Padre: al uno en cuanto que ha sido creado solamente para que exista, al otro, que ha nacido de Dios, para que sea adoptado en lugar de hijo. Ha mostrado claramente a todos los que tienen oídos, es decir, a los que quieren oír; que existe un Dios Padre, que está por encima de todo, y una palabra del Padre, que es por todo y por la cual todo ha sido hecho, y que este mundo es su propiedad y ha sido hecho por ella, según la voluntad del Padre, y no ha sido hecho por ángeles, ni debe la existencia a la apostasía, a la caída o la ignorancia, y no ha sido hecho por ninguna fuerza del Prounikos, al cual algunos llaman también madre, ni por ningún otro hacedor del mundo que no conociese al Padre.” Y San Atanasio (en la cuarta carta a Serapión. No. 5; *BKV* I, 467): “Según estos testimonios de la Escritura, aparece con toda claridad que el Espíritu no

es una criatura, sino que participa en la obra de la Creación. Porque donde está el Logos, allí está también el Espíritu, y lo que ha sido hecho por el Logos ha recibido del Logos en el Espíritu la fuerza del ser." Igualmente San Basilio (*De Spiritu Sancto*, cap. 16, núm. 38): "En cuanto a la creación de los mismos (de los ángeles), piensa en una causa primordial de lo que ha sido hecho, en el Padre; en una causa productora, en el Hijo; en una causa que comunica la perfección, en el Espíritu; de tal modo que los ángeles servidores existen en virtud de la voluntad paterna, han sido sacados a la existencia por la actividad del Hijo, y la presencia del Espíritu Santo les comunica la perfección. La perfección de los ángeles es su santificación y la permanencia en la misma. Pero nadie ha de creer que yo afirmo la existencia de tres seres creadores o que la actividad del Hijo es imperfecta. Existe un sólo principio de la existencia, el cual es productor mediante el Hijo y perfeccionador en el Espíritu. Ni el Padre, que lo hace todo en todo, tiene una actividad imperfecta, ni el Hijo tiene una creación deficiente, no consumada por el Espíritu. De este modo se reconoce que ni el Padre tiene necesidad del Hijo, en cuanto que sólo con la voluntad produce el mundo, pero quiere por el Hijo, ni éste tiene necesidad de la cooperación, en cuanto que hace como el Padre, pero también el hijo quiere perfeccionar mediante el Espíritu."

San Agustín explica del siguiente modo, *Io.* 5, 19 (en el vigésimo discurso, núm. 8; *BKV* IV, 347): "Inseparable son, por consiguiente, las obras del Padre y del Hijo. Pero con esta frase: "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo", es lo mismo que si dijese: el Hijo no es por sí mismo. En efecto, si el Hijo, ha tenido que nacer. Si ha nacido, entonces es de aquel de quien ha nacido. Pero él ha engendrado a alguien que es igual a él. Porque al procreador no le faltaba nada, ni ha buscado el momento oportuno para engendrar el que ha engendrado un ser coeterno, ni ha buscado una madre para engendrar el que ha producido de su interior la Palabra, ni el Padre engendrante ha precedido en el tiempo al Hijo, para engendrar un hijo más joven que él. Quizá diga alguien que después de muchos siglos, en edad madura, Dios ha tenido un Hijo. Lo mismo que el Padre no tiene edad, así también el Hijo no tiene crecimiento; ni aquél ha envejecido ni éste ha crecido, sino que el Idéntico engendró al Idéntico, el Eterno al Eterno. ¿Cómo es eso, dirá alguien el Eterno al Eterno? Lo mismo que la llama temporal engendra una luz temporal. La llama engendradora tiene la misma edad que la luz que engendra, y la llama engendradora no es antes, según el tiempo, que la luz engendrada, sino que tan pronto como la llama comienza, comienza también la luz. Dame tú una llama sin luz y yo te daré al Dios Padre sin Hijo. Eso, pues, es lo que quieren decir las palabras: "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre", porque el ver del Hijo es el haber nacido del Padre. El ver no es una cosa distinta de su sustancia, lo mismo que no es una cosa su sustancia y otra cosa su poder. Todo lo que es, es del Padre. Todo lo que puede, es del Padre, porque lo que es y lo que puede son cosas idénticas y son del Padre."

San Juan Damasceno afirma (*Exposición de la fe ortodoxa*, lib. I, capítulo 8; *BKV*, 20-22): "Nosotros decimos que el fuego brilla mediante la luz que sale de él; no afirmamos que la luz es un instrumento al servicio del fuego, sino que afirmamos más bien que la luz es una fuerza natural. Del mismo modo decimos que todo lo que hace el Padre lo hace

mediante su Hijo unigénito, no como por medio de un instrumento, sino como por medio de una fuerza natural y subsistente. Y así como decimos que el fuego luce y así como decimos también que la luz del fuego luce, del mismo modo "lo que el Padre hace, lo hace igualmente el Hijo...". Igualmente creemos "en un Espíritu Santo, señor y vivificador que procede del Padre" y descansa en el Hijo, "que es adorado y venerado al mismo tiempo que el Padre y el Hijo", como consubstancial e igualmente eterno; en el Espíritu de Dios, "verdadero, eximio", fuente de la sabiduría, de la vida y de la santificación. Es y se llama Dios lo mismo que el Padre y el Hijo, increado, perfecto, creador, que lo domina todo, causa universal, omnipotente, infinitamente poderoso; domina sobre todas las criaturas, pero no es dominado; diviniza, pero no es divinizado; consuma, pero no es consumado; hace participar, pero no participa; santifica, pero no es santificado; es abogado, pues se hace cargo de las súplicas. En todo es igual al Padre y al Hijo. Procede del Padre, es comunicado por Hijo y todas las criaturas le reciben. Crea por sí mismo, da a todo subsistencia, santifica y une." En el cap. 12 (*loc. cit.*, págs. 35 y sig.) leemos lo siguiente: "Pero cuando pienso en la relación mutua de la persona, sé yo que el Padre es sol superesencial, fuente de la bondad, abismo del ser, razón, sabiduría, fuerza, luz y divinidad, fuente generadora y productora del bien en ella oculto. Es, pues, entendimiento, abismo de razón, engendrador de la Palabra y mediante la palabra productor del Espíritu revelador, y, para decirlo brevemente, sólo el Hijo es palabra, sabiduría, fuerza y voluntad del Padre, la única fuerza que precede a la creación de todas las cosas, el cual es engendrado como persona perfecta por una persona perfecta, como lo sabe él mismo, que es y se llama Hijo. Y el Espíritu Santo es la fuerza del Padre que revela las cosas ocultas de la divinidad, fuerza que descende del Padre por el Hijo, como él mismo sabe, no por vía de generación. Por eso es el Espíritu Santo el consumidor de todo lo creado.

Veanse otros textos en H. S. Schell, *Das Wirken des Dreieinigen Gottes*, 1885, págs. 84 y sigs. Véanse los textos citados en el § 46. Véase la bibliografía de los §§ 114-17 y 142. Además, J. Brinktrine, *De nexibus inter mysterium spirationis divinae et creationem*, en "Divus Thomas" (Piac.), 15, 1838, 130-42. E. Walter, *Christus und der Kosmos*, Stuttgart, 1948.